

Política, mercado y literatura. Revisitando el *boom* de la narrativa latinoamericana de la década del '60

Valeria A. Caruso

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)¹

Resumen: Este artículo explora las interpretaciones dominantes en el campo historiográfico referidas a las particularidades que adquirió la literatura latinoamericana durante las décadas del '60 y '70 del siglo pasado, atravesada por el denominado *boom* de las letras del subcontinente a escala planetaria. Para ello, se analiza la incidencia de la Revolución Cubana en la articulación de dicho fenómeno, y la intervención de los dispositivos de mercado en su configuración. Luego se evalúan los manifiestos intelectuales y literarios que circularon entre mayo y julio de 1971 vinculados al Caso Padilla, los cuales señalan un momento de quiebre y ruptura de los colectivos de intelectuales forjados en torno a Cuba y al mercado editorial.

Palabras claves: Literatura, política, mercado, Revolución cubana, *boom*.

Abstract: This article explores the dominant historiographic interpretations of some of the characteristics acquired by Latino American literature during the 60's and 70's, as it underwent a literary subcontinental boom worldwide. We analyze the influence of the Cuban Revolution in the articulation of such phenomena and the intervention of market devices in its configuration. We also evaluate the intellectual and literary manifestos present between May and July in 1971 linked to the Padilla Case, which constituted a tipping point for the intellectual collectives built around Cuba and the publishing market.

Keywords: Literature, political, market, Cuban Revolution, *boom*.

Introducción

En este trabajo proponemos revisar las interpretaciones dominantes en el campo historiográfico referidas a las características que adquirió el mundo de la literatura latinoamericana durante la década del '60. En particular, nos interesa reexaminar los

1. Doctoranda en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Licenciada y profesora en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Docente de la cátedra de Historia Social General de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Integrante del proyecto UBACYT "Política, asociaciones y espacio público: prácticas y representaciones en el peronismo (1943-1976)" que dirige el Dr. José Omar Acha, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

postulados establecidos por Claudia Gilman (2003), en su ya clásico *La Pluma y el Fúsil*, dado que esa obra ha inaugurado una perspectiva analítica que ha funcionado como una suerte de *doxa* interpretativa al momento de analizar la intervención de los intelectuales en el espacio público durante los años '60. En ese sentido, consideramos pertinente reexaminar dichos postulados a la luz de nuevas claves conceptuales que nos permitan repensar las relaciones entre arte y política durante los sesenta.

Esta revisión surge a partir de la advertencia de un conjunto de obras historiográficas que en retrospectiva, han evaluado las características que adquirieron los ámbitos culturales durante los '60 en relación a los efectos de su politización.² En estas, la “primacía de los fines políticos” habría marcado con especial énfasis las preocupaciones de quienes llevaron adelante distintas prácticas artísticas. Esta cuestión, habría incidido en la obturación de distintos procesos de experimentación artística. El trabajo de Gilman –al que hemos referido anteriormente–, es deudor y forma parte de esas perspectivas.³ Desde el título de la obra nos adelanta la disyuntiva que habría signado la tarea de los literatos latinoamericanos entre 1959 y 1971, a través de la cual estructura el prisma con el que elige observar la época que busca comprender: aquella atravesada por la emergencia de un prominente campo transnacional de las letras del subcontinente que terminó anulado por las interferencias políticas que irradió la Revolución Cubana entre sus miembros.

En este punto nos gustaría establecer el principio de la duda. Es decir, ¿en qué medida los actores de esa época, para ser más precisos, los escritores que en ese entonces conformaron parte de esa comunidad literaria latinoamericana, pensaron, vivieron y actuaron durante el período, bajo la égida de esa disyuntiva en los términos que los plantea la autora? Una pista para resolver ese interrogante lo suministra Susana Cella (1999), quien al analizar la renovación de la crítica literaria argentina surgida en el período, observa la emergencia de “una época más afirmativa que deceptiva, enfática y polémica, cuyos protagonistas se atrevieron a poner en tela de juicio todos los valores y normas transmitidas y vistas, en el obscurantismo ideológico. De ahí entonces el gesto de rechazo, de oposición, de proclama y manifiesto” (9). En ese contexto, “la literatura se redefine en tanto se cuestiona en su lugar de ‘bellas letras’, patrimonio de espíritus sensibles o contemplativos; sin embargo, la crítica va más allá del mero rechazo, también objeta la idea de la literatura como pura comunicación –explícita, sin ambigüedades, directa, didáctica– de postulados sociales y políticos; se trata entonces de revisar la relación entre arte y política, y de ligar la literatura a la historia de un modo nuevo. El abandono de toda idea de atemporalidad es visible en la inmersión plena en la historia, lo que lleva al rechazo y la condena de ‘neutralidad’ respecto de los sucesos, o

2. Entre las que se destacan Sarlo (1985); Sigal (1991); Terán (1991); Mestman (1993), (1997), (2008); Longoni y Mestman (2008); Longoni (2014).

3. Dentro de esa perspectiva se inscribe el texto de De Diego (2001).

de distanciamiento del presente; al revés, el presente es el tema y es el punto de partida de toda reflexión, de toda acción” (*Ibid.*). Al respecto, Diana Sorensen (2007) al analizar las condiciones simbólicas y materiales que posibilitaron la construcción de una identidad cultural latinoamericana durante la década del ‘60, plantea que por entonces se creía que la cultura podía jugar un papel importante en las transformaciones políticas y sociales “y la escritura fue precisamente el ámbito en el que las contradicciones culturales y políticas de una época fueron realizadas y representadas” (10). Es decir, ambas autoras advierten al lector acerca de las distancias no sólo temporales, sino también, posicionales de críticos y literatos respecto a sus obras, y a la manera en que estas se relacionaban con su contexto de producción.

En ese sentido, consideramos preciso resituar autores, textos e ideas para así aproximarnos con mayor precisión al sentido que los originaron, como también, a las preocupaciones que los motivaron, y de esa manera evitar lo que Quentin Skinner (2007) denomina “mitología de la prolepsis”. Esto es, un “tipo de mitología que estamos inclinados a generar cuando estamos más interesados en la significación retrospectiva de una obra o acción históricas dadas que en su significado para el propio agente” (137).

Advertimos una suerte mitología de la prolepsis en las interpretaciones dominantes en el ámbito historiográfico destinadas a la comprensión de las relaciones entre arte y política en los ‘60 y ‘70. En tanto, sus criterios interpretativos –a nuestro entender–, obedecen más a las características que adquirieron las ciencias sociales en la Argentina luego de 1984, que al sentido que los actores que analizan buscaron darle a sus acciones. Tras la finalización de la última dictadura militar que gobernó el país, se impuso entre los investigadores un criterio de observación que, en lugar de comprender las motivaciones de lo recientemente acontecido, los inclinó a juzgar las experiencias anteriores como obturantes del desarrollo de las ciencias y de las artes por la opción de los intelectuales a la política en términos revolucionarios. De allí, que quienes llevaron adelante ese proceso de institucionalización de las ciencias sociales y humanidades –muchos de los cuales tuvieron una activa militancia en las décadas que aborda este trabajo–, hayan impulsado ciertas mediaciones conceptuales –como el concepto de campo de Bourdieu– para analizar fenómenos del pasado histórico, los cuales habilitaban la posibilidad de escindir áreas de conocimiento de sus explicitaciones políticas.⁴ Es decir, la especificidad disciplinar se imponía como norte de toda investigación desvinculada de sus intencionalidades políticas explícitas. El marco de situación creado, posibilitó a los investigadores tomar distancia de las experiencias intelectuales anteriores –atravesadas por el compromiso intelectual en clave sartreana, o el modelo de intelectual orgánico propuesto por Gramsci–, y de ese modo, establecer nuevos marcos de referencias en el escenario académico erigido

4. Al respecto, véase Acha (2012) y Starcenbaum (2012).

con el retorno de la democracia. Observamos desde entonces la configuración de la figura del intelectual “legislador”, un paradigma intelectual que se estructuró en función de la intención de normativizar la vida social y cultural bajo criterios con pretensión de verdad universal, sustentados en la racionalidad de sus fines y conclusiones a través de la utilización del método científico (Bauman, 1997). Y una de esas pretendidas *verdades*, residió en la separación de la política y del arte como dos instancias de lo *real* que cabalgan separadas por el llano de la historia. De allí, que las experiencias intelectuales como las que se dieron en las décadas del ‘60 y ‘70 del siglo pasado, a los ojos del observador contemporáneo, resulten foráneas dentro de las líneas del conocimiento actualmente instituido.

Para ampliar los márgenes de la presente revisión, en los siguientes apartados analizaremos las características que adquirió el ámbito de las letras latinoamericanas entre 1959 y 1971. Durante ese período, la difusión de la narrativa latinoamericana adquirió dimensiones internacionales inéditas hasta ese momento. Escritores como Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, entre otros, devinieron referentes culturales de la región. Nuestro interés es el de comprender las condiciones de posibilidad de este fenómeno, y analizar el proceso de conformación de una comunidad letrada transnacional. Luego exploraremos los manifiestos intelectuales y literarios que circularon entre mayo y julio de 1971 vinculados al Caso Padilla, los cuales señalan un momento de quiebre y ruptura de esa comunidad literaria latinoamericana.

Guerra Fría, Revolución y boom

A fines de los ‘70 David Viñas caracterizaba a los años ‘60 como una década de euforia (13). Ese estado de ánimo, esa sensación, era deudora del impacto de la Revolución Cubana sobre la comunidad intelectual de la época. Ese evento repercutió sobre las intenciones de muchos hombres y mujeres por transformar sus sociedades. También convocó la atención del público mundial sobre las particularidades sociales y culturales de América Latina, una región en donde parecía anunciarse el inicio de un nuevo tiempo para la autodeterminación de los pueblos.

Otro de los fenómenos del período fue el de la ampliación del consumo cultural. La publicidad y la expansión del mercado cultural emergido en los Estados Unidos durante los años ‘20, se extenderá luego de la Segunda Guerra Mundial, por el bloque capitalista con una fuerza inusitada una vez lograda la victoria de los aliados frente al Eje. Luego de la conferencia de Yalta, aflorará un conflicto nuevo tipo, condicionado por las pretensiones imperialistas de las dos potencias que lideraron el bloque de los

vencedores. La emergencia de esta contienda de nueva especie, operará sobre el orden simbólico, intentando connotar las energías de aquellos sobre los cuales buscaban incidir (Hobsbawm 260-289).

En ese escenario es preciso inscribir las expectativas de los Estados Unidos de neutralizar la influencia de la Revolución Cubana en América Latina, mediante la implementación del programa establecido en la Alianza para el Progreso. Fue en ese marco que se alentó el proceso generalmente denominado de “modernización científica-cultural”, el cual consistió –entre otras cuestiones– en la planificación del sistema educativo como parte de una estrategia destinada a reducir los desajustes entre los requerimientos de la economía y la formación de recursos humanos altamente calificados dentro del marco de las políticas desarrollista impulsadas por Estados Unidos.⁵

Dentro de los márgenes delineados por la guerra fría, la expansión de la cultura de masas, las expectativas transformadoras que inauguró la Revolución Cubana y las políticas desarrollistas irradiadas por los Estados Unidos hacia la región, es que debe inscribirse el denominado *boom* de la literatura latinoamericana a escala planetaria.

Partiendo del análisis de este último fenómeno, Gilman (1997) observa la configuración del campo intelectual latinoamericano. Su existencia radicaría en el fenómeno editorial y comercial de la literatura latinoamericana, y en la trascendencia que habrían adquirido por entonces, los literatos del continente en su condición de intelectuales. Al respecto, plantea que “fue precisamente por la sanción del mercado que muchos autores allí consagrados pretendieron legitimar su derecho a hablar como intelectuales, en ‘representación’ de un público conquistado por sus obras y con independencia de criterio, (en un sentido de la noción que se acerca a la de Pierre Bourdieu)” (133).

En lo que sigue, revisaremos algunas de las características de ese espacio “sancionador” de la literatura. Asimismo, exploraremos los fines y alcances del *boom* de la literatura latinoamericana de los ‘60.

El mercado y sus efectos de sentido

Ángel Rama (1984) advierte los antecedentes de la ampliación de la oferta editorial entre fines de los años ‘50 y principios de los ‘60, vinculada –sobre todo–, con la

5. A partir de 1961 –luego de la fracasada iniciativa de Bahía de Cochinos–, la estrategia de los Estados Unidos para mermar la influencia de la Revolución Cubana en América Latina estuvo destinada a la captación de profesionales en el marco del programa de Alianza para el Progreso, el cual se expresó en diferentes iniciativas que han sido estudiadas por Mudrovic, (2010). En el campo literario es de destacar el caso de la revista *Mundo Nuevo*, que ha sido analizado por Mudrovic, (1997). Las implicancias del programa “desarrollista” deudor de los augurios de Alianza para el Progreso en los ámbitos culturales argentinos han estudiados por Giunta, (2008); Blanco (2006).

expansión de la demanda de libros universitarios que abordaban problemáticas políticas e históricas publicados por las editoriales Fondo de Cultura Económica (FCE) dirigida por Arnaldo Orfila Reynal en México, y EUDEBA al mando de Boris Spivacow en Buenos Aires (69). En 1966, estos dos referentes de la cultura librera latinoamericana, crearon las editoriales Siglo XXI y Centro Editor de América Latina, desde las cuales continuaron los lineamientos que habían llevado adelante en los emprendimientos anteriores. Junto “con esta expansión editorial en el campo de las ideas, se produce la emergencia de casas editoriales estrictamente literarias, que se propusieron poner al día la información del lector especializado” (Rama 70), como fue el caso de la Compañía General Fabril Editora de Jacobo Muchnik en Buenos Aires, y de Seix Barral, propiedad de Carlos Barral, en Barcelona.

Este fenómeno fue simultáneo a la institución de concursos internacionales de narrativa auspiciados por distintas casa editoriales (Rama 66). La iniciativa de mayor trascendencia fue la emprendida por la editorial Seix Barral, cuyo premio “Biblioteca Breve” distinguió durante los ‘60 –casi consecutivamente– a literatos latinoamericanos. En 1962 se inauguró el concurso, galardonando a *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa; en 1963 se premió a Vicente Leñero con *Los albañiles*; en 1964 se le otorgó el premio a Guillermo Cabrera Infante por *Vista al amanecer en el trópico* (tres años más tarde publicada con el título *Tres tristes tigres*); en 1967 Carlos Fuentes fue galardonado por *Cambio de piel*; en 1968 Adriano González León, por *País portátil*; en 1969 el jurado se lo concedió a José Donoso por *El obscuro pájaro de la noche*, y en 1971 se le otorgó el premio a la escritora cubana Nivaria Tejera (Herra 11). El auge de los concursos se acrecentó instituido por la Casa de las Américas en 1960, el cual se orientó al descubrimiento de jóvenes literatos (Rama 67).

Durante esos años, el mercado editorial actuó como difusor de la literatura latinoamericana en un contexto en el que parte de la audiencia mundial ponía sus ojos en el subcontinente tras las transformaciones ocurridas en Cuba a partir de 1959, al mismo tiempo que ofrecía a los escritores de la región la posibilidad –como nunca antes–, de vivir de su arte gracias al éxito de ventas que generaba ese nuevo público ampliado por la configuración de un mercado editorial transnacional.⁶ Más aún si consideramos que el *boom* de la narrativa latinoamericana fue coetáneo con la expansión de la cultura de masas a escala planetaria (Schild y Siegfried 12-28).

Este proceso se configuró simultáneamente con la transformación de la prensa latinoamericana en clave desarrollista. Uno de los casos más destacados del período fue

6. Al respecto, es significativa la evolución de las ventas de los libros de escritores latinoamericanos. Angel Rama señala que “el punto más alto de la producción editorial del período se centra en los *Cien años de soledad* [de Gabriel García Márquez]. Se publica en 1967 con una tirada inicial de 25000 ejemplares y desde 1968 se sitúa en una producción anual de 100000 ejemplares, lo que significa una revolución en las ventas de novelas del continente” (87-88).

el del semanario argentino *Primera Plana* creada en 1962 por Jacobo Timerman. Esta publicación estuvo destinada –siguiendo a Mudrovic–, a preformatear el gusto de sus lectores dentro de las directrices señaladas por el programa desarrollista, y posicionando al mercado como el ámbito “apropiado para revolucionar y modernizar las estructuras vigentes de consagración y competencia” (Mudrovic, 1999a 305). Desde sus páginas “promovió los productos de la industria editorial ‘vendiendo agresivamente’ sus libros”, además “impulsó la nacionalización de la ‘biblioteca del argentino medio’ (ya a fines de 1965 había excluido de la lista de *best sellers* los títulos en otros idiomas y de ahí en más solo consideró títulos publicados en el país)” (Id. 308). Fue en ese año, que la revista publicó un *dossier* especial destinado a analizar el éxito internacional de la literatura latinoamericana, nominando como *boom* al fenómeno transnacional de difusión de la narrativa sudamericana.

En otros espacios nacionales de la región, se observan iniciativas que contribuyeron a la conformación de un nuevo público lector, tal como se advierte con la creación de suplementos literarios en periódicos de gran circulación como *Siempre* en México, *El Nacional* en Caracas, *La Gaceta* en Tucumán, *Estado* en Sao Pablo y *Marcha* en Uruguay, aunque esta última publicación nucleó a los escritores e intelectuales de izquierda más destacados del continente.

Al analizar la lógica a través de la cual se articuló el mercado editorial transnacional durante la década del '60, ha advertido tres mediaciones. La primera de ellas, estuvo dada por la conformación del mercado editorial en el subcontinente condicionado por las políticas desarrollistas que emprendieron los gobiernos de la región. Durante ese período, desde la perspectiva de Viñas, se dio “el curioso fenómeno de literaturización de los políticos y de politización de los literatos”, con el que los primeros buscaron transformar sus referencias no sólo en el ámbito local, sino también en el internacional, convirtiendo a los segundos en emblemas de sus políticas culturales de exportación, e indicadores de que sus sociedades estaban –aunque sea ficcionalmente– en vías de desarrollo. Para Viñas, “el desarrollismo latinoamericano de los '60 había presentado que los novelistas podrían trocarse en mercancía. Desde ya, mercancía ‘nacional’ en tanto exportable y lucrativa. Y a la vez, en santificación del enjundioso nacionalismo desarrollista” (22).

La segunda mediación que plantea Viñas, refiere al accionar de las casas editoriales españolas como Seix Barral, que a través de su sistema de premiaciones laureaban obras exultantes de una suerte de exotismo americano para apelar a la curiosidad del lector foráneo. La tercera de las mediaciones estaría dada por el auge de la crítica estadounidense sobre la literatura latinoamericana que habría incidido –a su entender–, negativamente,

sobre el desarrollo de la narrativa del subcontinente.⁷ Sobre todo porque desde las academias de esa región de Norteamérica ponderaba en la crítica ciertos componentes que vaciaban a las obras de sus contenidos y potencias originales, en donde prevalecían criterios de observación que le otorgaban una suerte de “autonomía indiscutible de la literatura”, desvinculándola de sus “condiciones concretas de producción” (28).

Siguiendo a Viñas, la articulación de estas tres mediaciones, colaboraron en la producción de nuevos fenómenos como el *bestsellerismo*, y la configuración de una suerte de “*star-cult*”, donde al escritor se le solicitaba que actuase como objeto de culto para responder coherentemente a las ‘consagraciones’ y a la sacralidad propias de toda zona sagrada” (27). Desde la óptica del autor de *Dar la cara* “estas sacralizaciones solicitaban, a su vez, ‘súper-escritores’”, una suerte de ‘héroes del saber literario’” (28). La suma de estos factores, “fueron llevando a una singular ‘neoteologización’ de la literatura” (*Ibid.*) que terminaron por fetichizar tanto a la obra como a su hacedor, transformándolos a ambos en productos de mercado. Para Viñas, los efectos corruptores de la mercantilización de la literatura y de sus hacedores era lo que ponía en evidencia la vacuidad y artificialidad del *boom*.

Revolución y mercado

El fenómeno de configuración de un mercado transnacional de las letras latinoamericanas –desde la perspectiva de Gilman–, habría delineado los rasgos de una época en donde la figura del escritor trascendió el ámbito de las letras para intervenir en la escena pública en tanto intelectual. Sin embargo, la pretendida autonomía del “campo” de las letras latinoamericanas, y por ende de la actividad intelectual, habrían sido relegadas –o más aun–, impedidas por las modalidades de intervención política que desarrollaron los sujetos que participaron en este proceso en relación a la Revolución Cubana, llegando incluso a sostener posiciones contrarias a la realización literaria e intelectual.

No obstante la riqueza empírica de la investigación realizada por Gilman, entendemos pertinente recuperar algunas de las prescripciones metodológicas y conceptuales elaboradas por el sociólogo Pierre Bourdieu referidas al concepto de

7. Recordemos que durante el período se crearon en Estados Unidos distintas publicaciones periódicas dedicadas al estudio de la narrativa latinoamericana como por ejemplo: el *Times Literary Supplement*, en Illinois el *Tri-quarterly*; el *Books Abroad* en Oklahoma; el *Mundos Artium* en Ohio; *Diacritics* en la Universidad de Cornell; el *Theater Drama Review* en Nueva York; además se fundó el Centro de Relaciones Interamericanas (Center for Interamerican Relations) en Nueva York, que en 1968 comenzó con la publicación de la revista *Review*, junto con la publicación de bibliografías críticas, como la de Jill Levine sobre poesía y narrativa latinoamericanas, y el libro *Los nuestros* de Luis Haars publicado en 1966. Herra, (1989): 11.

campo. Dado que el autor de las *Reglas del Arte*, plantea que dicha noción no se restringe a la mera descripción de una realidad dada (es decir, la existencia de un colectivo de escritores y de sus características), sino que por el contrario, la clave de análisis del fenómeno se encuentra en la necesidad de estudiar las intrincadas redes de poder que lo articulan, junto con las disputas simbólicas que se tejen en su interior para forjar criterios de legitimación y autoridad intelectual. Es por ello que los límites de los campos se reformulan periódicamente en función de las relaciones de poder que lo articulan. Asimismo plantea que “aunque universalmente el campo literario sea la sede por la definición del escritor, no hay una definición universal del escritor y del análisis solo resultan definiciones correspondientes a un estado de lucha por la imposición legítima del escritor”, debido a que “el campo de producción cultural es sede de luchas que, a través de la imposición de la definición dominante del escritor, tratan de delimitar la población de aquellos que tienen derecho a participar por la definición del escritor” (Bourdieu, 1995 332).

Por esas razones, es necesario tener en cuenta al momento de analizar las discusiones intelectuales que se desarrollaron durante las décadas del '60 y '70', las condiciones históricas y sociales que posibilitaron la constitución del “campo literario” latinoamericano en el caso que hubiera funcionado dentro de los márgenes delineados por los planteos teóricos de Bourdieu. Es decir, es preciso no perder de vista que desde 1959 comenzó a construirse entre los intelectuales latinoamericanos identificados con las izquierdas, una suerte de consenso tácito respecto a la potencia de la Revolución Cubana como proyecto emancipador de las sociedades subyugadas por el imperialismo capitalista irradiado desde los Estados Unidos. En ese sentido, a medida que fueron perceptibles las críticas a los contenidos de valor que pareció cobijar el proceso revolucionario cubano, quienes se identificaron con algunos de sus tópicos de significación (emancipación de los pueblos dependientes de las potencias capitalistas, la autodeterminación de los pueblos, la transformación de las condiciones sociopolíticas, entre otras), debieron explicitar tanto los componentes a rescatar, como también la voluntad de colaborar en defensa de los mojones que sostenían esa comunidad literaria cimentada en solidaridad no solo con Cuba, sino con las expectativas transformadoras que se estimaban próximas a realizarse en función del ejemplo antillano. El denominado *boom* de la literatura latinoamericana, tal como plantea Jean Franco, era deudor de la Revolución (Franco, 1977 3-19). Así también lo entendía Edmundo Desnoes cuando decía: “me parece haber visto a Cuba darle un empujón al “auge” [...] de la narrativa latinoamericana de hoy. Europa la descubrió primero por novelaría y exotismo cultural, luego intervino la maquinaria comercial y publicitaria del continente con su burguesía orientada por los semanarios y finalmente Estados Unidos por razones pragmáticas y bien políticas” (Desnoes 256). Además, si por un lado, el auge de ventas de títulos de escritores latinoamericanos

les dio popularidad y una visibilidad internacional inédita hasta ese entonces; por otro, la Revolución Cubana funcionó como el nexo vinculante para los intelectuales de la región a través del cual se proyectó uno de los fines fundamentales que debía de perseguir todo emprendimiento cultural, esto es, colaborar con la egida de liberación de los pueblos sometidos al imperialismo estadounidense. En torno a Cuba y su gesta, se articuló una red de escritores latinoamericanos que se estructuró a través de intercambios epistolares, colaboraciones en publicaciones periódicas, y en la participación en congresos internacionales.⁸

Asimismo, *Casa de las Américas* funcionó como uno de los espacios en donde los escritores del subcontinente explicitaron sus posicionamientos políticos e ideológicos, y también el espacio a través del cual se difundía buena parte de la producción literaria del subcontinente por medio del concurso anual con el que la institución premiaba obras destacadas de narrativa y poesía latinoamericana. Los literatos y críticos más destacados de la región integraron el Comité de Colaboración de su revista,⁹ y publicaban en sus páginas declaraciones que ponían de manifiesto sus posicionamientos políticos y culturales. Desde allí, convocaban a eventos internacionales en los cuales discutir los fines de la cultura emancipada que buscaban construir. Al respecto, se destaca el llamamiento realizado en 1967, en donde los miembros del Comité expresaban que:

es hoy más necesaria que nunca la unidad de los escritores latinoamericanos de izquierda [dado que] la situación hace necesario el intercambio de experiencias entre los escritores de América Latina en una gran Asamblea. [...] Por eso concluimos con un llamamiento a los intelectuales de los países subdesarrollados para que concurran a un debate sobre su problemática en esta hora, que es la hora de nuestra América, de todo el Tercer Mundo. (*Casa de las Américas* 41 1967)

El llamamiento se hizo acto en enero de 1968 cuando se desarrolló el Congreso Cultural de la Habana en el que participaron intelectuales de más de setenta países. Roberto Fernández Retamar, Roberto Matta, Jean Enrique Adoum, José María Arguedas, Max Aub, Mario Benedetti, José María Castellet, Julio Cortázar, Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre, André Gunder Frank, Ricardo Piglia, Rodolfo Walsh, entre otros, asistieron al evento en donde se discutieron los fines y alcances de la tarea intelectual en el proceso de transformación sociocultural que por entonces se creía abierto. En ese contexto, consensuaron un documento en el que establecían que:

8. Algunos de los eventos más destacados del período fueron: el Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción celebrado de Chile en 1962; el Encuentro de Génova de 1965 en el que se fundó la Comunidad Latinoamericana de Escritores; en 1966 se celebró el Primer Congreso Latinoamericano de Escritores en la ciudad de Arica, Chile, mientras que el Segundo Encuentro se desarrolló el año siguiente en México, y el tercero en Venezuela en 1970 (Aburquerque Fuschini, 2000 337-350).

9. Integraron el Comité Julio Cortázar y David Viñas, Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet, Lisandro Otero, Graciela Pogolotti, Manuel Galizh, Angel Rama, Mario Benedetti, Mario Vargas Llosa, Sebastián Salazar Bondy, y Jorge Zalamea.

Si el ejercicio digno de la literatura, del arte y de la ciencia constituye en sí mismo un arma de lucha y el intelectual que resista a los halagos y las amenazas del dominador externo y las oligarquías nacionales podrá sentirse satisfecho de ejercitar su tarea intelectual con dignidad, la medida revolucionaria del escritor nos la da su forma más alta y noble, su disposición para compartir, cuando las circunstancias lo exijan, las tareas combativas de estudiantes, obreros y campesinos. La vinculación permanente entre los intelectuales y el resto de las fuerzas populares, el aprendizaje mutuo, es una base del progreso cultural. (“Congreso Cultural de la Habana. Declaración General.” *Vida universitaria*. 209 (1968): 28)

Todo lo anterior nos permite considerar que durante la década del '60 y los tempranos '70, se configuró un territorio de disputas simbólicas por establecer criterios de legitimación para la comunidad intelectual que se articularon en el contexto de la Guerra Fría. Si bien esas disputas no representaron una lucha cerrada o total, todas ellas se desplegaron en relación a su grado de adhesión con la Revolución Cubana o más aun, con las perspectivas que parecía inaugurar tras de sí para la emancipación latinoamericana.

De allí el rechazo a las iniciativas culturales impulsadas por los Estados Unidos para contener la influencia del proceso cubano en América Latina. En ese contexto debe situarse el cuestionamiento que generó la participación del poeta chileno Pablo Neruda en la reunión del Pen Club celebrada en los Estados Unidos en 1966. Otra de las controversias del período estuvo en relación a la revista literaria *Mundo Nuevo*, fundada en París en 1966, y dirigida por Emir Rodríguez Monegal hasta 1968. Esta iniciativa despertó las críticas de la comunidad intelectual solidaria con Cuba al confirmarse que la publicación era financiada por el Congreso por la Libertad y la Cultura, institución vinculada con los servicios de inteligencia estadounidenses. Tres años más tarde, desde la revista *Libre*, dirigida por Juan Goytisolo, se buscó apuntalar el auge de la literatura latinoamericana desde sus páginas aunque con poco éxito. El emprendimiento financiado por la duquesa Albina de Boisrouvray, nieta del “barón” del estaño boliviano Simón Patiño, terminó naufragando tras los cuestionamientos que recibió la publicación al calor del caso Padilla (Mudrovic, 1999 442-443), al que nos referiremos a continuación.

El Caso Padilla

El “caso” significó un punto de quiebre dentro de ese consenso tácito respecto al proceso cubano. Al recordar el proceso, José Donoso advertía que el *affaire* “rompió esa amplia unidad que durante años acogió a muchos matices políticos de los intelectuales latinoamericanos, separándolos ahora política, literaria y afectivamente en bandos amargos e irreconciliables” (Donoso, 1997 93). Las controversias entre el

gobierno cubano y el poeta cubano Heberto Padilla comenzaron en 1968, cuando éste recibió el premio de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) por su poemario *Fuera de juego*. El otorgamiento del galardón fue en un principio impugnado por los miembros de la UNEAC, aunque terminaron por aceptar el veredicto del jurado internacional que celebró la obra del poeta. Sin embargo, el carácter crítico de esa obra respecto a la Revolución demoró su publicación, y despertó una serie de controversias sobre la figura de Padilla que se fueron acrecentando luego de su recital de poesía realizado en la sede de la UNEAC en 1971, en donde entonó los versos de sus *Provocaciones*. Por entonces Padilla se encontraba abocado al proceso de escritura de una novela a la que titularía *En mi jardín pastan los héroes*, con la que intentaba, según el mismo dejaba traslucir, criticar duramente al gobierno de su país (Edwards, 1982 149-168). El 20 de marzo de 1971, Padilla fue detenido por las fuerzas de seguridad cubana.

Su detención motivó la manifestación de la comunidad intelectual para solicitar al gobierno revolucionario la libertad del literato. Durante los veintisiete días en los que estuvo preso, el autor de *Fuera de juego* fue hostigado para que elaborara una carta en la que constara que se retractaba públicamente de los dichos injuriosos que habían provocado su detención (Padilla, 1989 148-196). El 27 de abril de 1971, un día después de haber logrado su liberación, el poeta pronunció su autocrítica en la sede de la UNEAC, con las que intentó reparar su imagen ante el gobierno cubano. En ese mismo acto, increpó a otros escritores presentes como Pablo Armando Fernández, César López, Manuel Díaz Martínez e incluso a su esposa propia esposa, Belkis Cura Male, a superar “algunas debilidades que podrían llevarlos a un deterioro político y moral” (Padilla, 1971 17). Según Padilla el *quid* de la cuestión había residido en su intención por adquirir renombre internacional a partir de impostar para la prensa foránea el rol de opositor al gobierno, presentándose como el “poeta maldito” de la revolución. Esa impostura, le garantizaría la atención de la industria editorial y del público lector internacional:

Mi principal interés era tener la puerta abierta de una editorial española y hacer coincidir la publicación de la novela con la de mis poemas en otras lenguas. Mi deseo era, por supuesto, que la novela se editara en todas partes para obtener notoriedad internacional y alcanzar importancia política en el exterior, hacerla ampliamente conocida y convertirme definitivamente en un intelectual que podía influir en la política de Cuba. (*Id.* 15)

Cierto es que el contenido de la “autocrítica” enunciada por el autor de *Fuera de Juego* puede ponerse en suspenso si tenemos en cuenta las condiciones de producción del texto. No ocurre lo mismo con las repercusiones que generó entre los intelectuales la detención del poeta y su posterior entonación en los recintos de la UNEAC. La iniciativa impulsada por Juan Goytisolo y Julio Cortázar de elevar una solicitud escrita al gobierno cubano reclamando la liberación de Padilla, contó con el apoyo de cincuenta y cuatro

intelectuales de renombre internacional entre los cuales se encontraban Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Carlos Barral, Margarite Duras, Mario Vargas Llosa, que a su vez, motivó la manifestación pública de distintas personalidades de la cultura respecto al acontecimiento cubano. La liberación del poeta como la posterior difusión de su “acto de constricción” a través de *Prensa Latina*, generó una nueva manifestación de las personalidades que anteriormente habían reclamado su liberación. Fue entonces cuando se dio a conocer en el periódico parisino *Le Monde* una carta titulada “Declaración de los 61” rechazando los términos y modos de la confesión realizada por Padilla, junto con la publicación en la revista de *Casa de las Américas* de la notificación enviada por Mario Vargas Llosas a Haydée Santamaría, dónde el literato le comunicaba a la directora de la revista su renuncia al Comité de la publicación; además le notificaba que no dictaría un curso sobre literatura en la isla, al que se había comprometido previamente. La respuesta de Santamaría era contundente. Acusaba al escritor peruano de haberse servido del prestigio y de la legitimidad que brindaba *Casa de las Américas* para trascender internacionalmente.¹⁰ También hacía lo propio Julio Cortazar, al publicar su “Policrítica a la hora de los chacales”, en la que, al mismo tiempo que condenaba la actitud de los intelectuales respecto al proceso cubano, se defendía de las acusaciones que había recibido por haber impulsado la solicitud reclamando la libertad de Padilla.

Asimismo, en el contexto latinoamericano fueron varias las publicaciones culturales que se hicieron eco del debate abierto por el conflicto cubano. Al revisar algunas de las reflexiones elaboradas al momento del “caso Padilla”, encontraremos tópicos que tensionan la discusión *per se* por la libertad del poeta y el proceder del gobierno cubano. Por ejemplo, Rodolfo Walsh advertía que en la declaración de las “61 personalidades de la cultura” dejaba traslucir un vago conocimiento de la realidad cubana al plantear que “si en diez años de relación con la revolución no han descubierto a ‘cualquier otro cubano’ humillado es, o bien porque no existe o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores” (Walsh, 1971 26). El contenido de la denuncia efectuada por Walsh se emparentaba, a su vez, con la “Declaración de intelectuales y artistas uruguayos” en la que expresaban:

En los últimos años han sido mucho los artistas e intelectuales latinoamericanos que han sufrido prisión, y muchos más los estudiantes, los obreros y los combatientes que han sido salvajemente torturados por las fuerzas policiales que instrumenta la CIA, pero nunca hemos leído ninguna denuncia del grupo latinoamericanos en Europa (y si los hubo, habrán sido de un tono muy confidencial, ya que las agencias cablegráficas no los desparramaron por el ancho mundo con su acostumbrada

10. En esa comunicación Santamaría agregaba: “La pública renuncia que hace de este curso no es más que otra argucia suya. Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de la Casa de las Américas, que por supuesto no obtuvo, para la desprestigiada revista ‘Libre’ que planean editar con el dinero de Patiño”, “Carta de Haydée Santamaría a Mario Vargas Llosa”. *Cuadernos de Marcha*. 49 (1971): 25.

eficacia) en relación con ese abyecto proceder. (“Declaración de intelectuales y artistas uruguayos”. *Cuadernos de Marcha*. N° 49. 1971: 24)

En estos últimos manifiestos, los señalamientos realizados a la comunidad intelectual internacional denuncian la falta de conocimiento no solo de los pormenores de la realidad cubana, sino los de Latinoamérica en su conjunto. La denuncia de las omisiones ante los crímenes cometidos por los gobiernos de la región sobre distintos colectivos políticos y sociales, friccionan con el reclamo por la libertad del poeta cubano.

Por otro lado, estas manifestaciones, nos permite reconsiderar las tesis que postulan que durante los ‘60, pero sobre todo a partir de 1966, prevaleció un clima antiintelectualista que signó las intervenciones públicas de los actores que formaron parte de la comunidad literaria de la cual hemos hecho mención anteriormente. Gilman entiende por anti-intelectualismo al conjunto de valoraciones negativas elaboradas sobre la identidad intelectual tendiente a destacar “el carácter de *posesión* que implica toda competencia cultural y a disminuir la importancia política de la práctica simbólica” (Gilman, 1999 85), generando una “respuesta funcional del campo intelectual frente a la dirigencia partidaria y de la dirigencia partidaria frente al campo intelectual, en un momento de desequilibrio a favor de los líderes políticos” (*Id.* 92). En tanto esa *posesión* –esto es la pertenencia a esa comunidad literaria e intelectual que se forjó en torno a Cuba– estuvo en relación con el grado de adhesión y solidaridad de los escritores latinoamericanos expresaron con la revolución cubana. Esta última cuestión habría implicado la constitución *ad hoc* de un estado de vigilancia permanente entre los intelectuales en el que prevaleció la descalificación personal por sobre la discusión conceptual como modo de impedir –pero también de advertir– los intentos de cooptación de los Estados Unidos sobre la intelectualidad latinoamericana (*Id.*86).

En este punto nos surge la siguiente pregunta: ¿No sería más adecuado considerar que en ese contexto se estaban creando nuevas variables de legitimación intelectual? La Revolución Cubana, ¿no abrió la posibilidad de disputar los fines y objetivos de la actividad intelectual establecidos por la cultura burguesa y su lógica mercantil? A través de la lectura atenta de los textos y manifiestos que circularon por entonces, es posible percibir que los intelectuales no “renegaron” de su capacidad de reflexión, ni de su capacidad por buscar nuevas formas narrativas, sino que por el contrario, intentaron crear nuevos sentidos para sus prácticas en una disputa por la hegemonía no solo cultural sino también política.

Si consideramos que la Revolución Cubana inauguró como ningún otro proceso histórico latinoamericano ocurrido durante el siglo XX la posibilidad de repensar las relaciones entre arte y política existentes, debemos tener en cuenta que también habilito

las bases para reflexionar acerca de las bases sobre las cuales erigir una nueva cultura para las sociedades emancipadas de las lógicas del capital a las que se buscaba no solo combatir, sino también superar. Por ello, resulta pertinente tener en cuenta que la batalla contra todo aquello que representaba el imperialismo cultural emanado por las potencias capitalistas estaba en proceso, lejos se encontraba por entonces, la posibilidad de visualizar en el horizonte una derrota.¹¹ Por ende, la necesidad de generar contra-discursos a los instituidos por la cultura burguesa, como las advertencias acerca de las iniciativas de cooptación cultural elaboradas por los Estados Unidos, como la necesidad de comprometerse con las luchas políticas y sociales que se dieron por entonces en el subcontinente fueron una manera de resguardar los pequeños logros de una gesta que por entonces parecía augurar un umbral de emancipación para la región.

A modo de cierre

En este trabajo hemos analizado las condiciones de posibilidad del denominado *boom* de la literatura latinoamericana. Consideramos que la triada conformada por la Revolución Cubana, las políticas desarrollistas llevadas adelante por los gobiernos de la región a instancias de la Alianza para el Progreso, junto con ampliación de un mercado editorial en la región, delinearon los márgenes del fenómeno aquí explorado. Aunque estos tres elementos hayan actuado de manera conjunta en la difusión de las letras y de los escritores del subcontinente, observamos que el proceso cubano tuvo una incidencia destacada no solo en congregar la atención del público internacional, sino también la de las solidaridades de los literatos de la región que se identificaron con su causa. Este último factor configuró las bases sobre las que se articuló una red de escritores latinoamericanos, generando consensos y espacios de discusión para su arte pero también para repensar las relaciones entre política y literatura.

De allí, que sea preciso tener presente que la política fue uno de los mojones a través de la cual se articuló esa red de relaciones que terminó por configurar la comunidad letrada de los '60. Las luchas por la hegemonía cultural estaban en curso, y por entonces, la política no era necesariamente el germen contaminante de las "bellas artes" y del "buen pensar", sino uno de los elementos constitutivos de esas batallas.

Bibliografía

Revistas

Casa de las Américas.

11. Al respecto véase Croce, (2015 152-157).

Vida universitaria.
Cuadernos de Marcha.

Libros y artículos

Aburquerque Fuschini, Germán. "La red de escritores latinoamericanos en los años sesenta." *Revista Universum* 15 (2000): 337-350. Impreso.

Acha, Omar. *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Herramienta, 2012. Impreso.

Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1997. Impreso.

Blanco, Alejandro. *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006. Impreso.

Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama, 1995. Impreso.

Cella, Susana. "La irrupción de la crítica." *Historia crítica de la literatura argentina: vol. 10. La irrupción de la crítica*. Comp. Susana Cella. Buenos Aires: Emecé, 1999. Impreso.

Croce, Marcela. "Héroes y mandarines." *La seducción de lo diverso: literatura latinoamericana comparada*. Buenos Aires: Interzona, 2015. Impreso.

De Diego, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Al Margen, 2001. Impreso.

Desnoes, Edmundo. "A falta de otras palabras." *Más allá del boom*. Ed. Ángel Rama. Buenos Aires: Folio, 1984. Impreso.

Donoso, José. *Historia personal del 'Boom'*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1997. Impreso.

Edwards, Jorge. *Persona non grata*. Barcelona: Seix Barral, 1982. Impreso.

Franco, Jean. "Modernización, resistencia y revolución: la producción literaria de los años sesenta." *Escritura* 3 (1977): 3-19. Impreso.

Gilman, Claudia. "La autonomía, como el ser, se dice de muchas maneras." Autores Varios. *Nuevos territorios de la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: Instituto de Literatura hispanoamericana, Facultad de filosofía y Letras, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, 1997. Impreso.

---. "El intelectual como problema. La eclosión del anti-intelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta." *Prismas. Revista de historia intelectual* 3 (1999). Impreso.

- . *La pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003. Impreso.
- Giunta, Andrea. *Vanguardia internacionalismo y política: arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008. Impreso.
- Herra, Mayra. "El 'boom' de la literatura latinoamericana: causas, contextos y consecuencias." San Ramón, Alajuela: Coordinación de Investigación, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, 1989. Impreso.
- Hobsbawm, Eric. "Los Años dorados." *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 1997. Impreso.
- Longoni, Ana. *Vanguardia y revolución. Arte e izquierda en la Argentina de los sesenta-setenta*. Buenos Aires: Ariel, 2014. Impreso.
- Longoni, A. y Mestman, M. *Del Di Tella a Tucumán Arde*. Buenos Aires: Eudeba, 2008. Impreso.
- Mestman, Mariano. "Aproximaciones a una experiencia de cine militante (Argentina, 1968-1973)." *Arte y poder. V Jornadas de Teoría e Historia de las Artes*. Buenos Aires: Centro Argentino de Investigadores de las Artes, FFyL, UBA, 1993. Impreso.
- . "Consideraciones sobre la confluencia de núcleos intelectuales del movimiento obrero en 1968." Autores Varios. *Cultura y Política en los años '60*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Oficina de Publicaciones del CBC, 1997: 207-230. Impreso.
- . "Raros e inéditos del Grupo Cine Liberación." *Revista Sociedad* 27 (2008). Impreso.
- Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del '60*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997. Impreso.
- . "América Latina desde París (a propósito de *Libre*)." Sául Sosnowski et al. *La cultura de un siglo: América latina y sus revistas*. Buenos Aires: Alianza, 1999. Impreso.
- . El arma periodística y una literatura "necesaria". El caso de *Primera Plana*." *Historia crítica de la literatura argentina: vol. 10. La irrupción de la crítica*. Comp. Susana Cella. Buenos Aires: Emecé, 1999a. Impreso.
- . *Las guerras culturales en América Latina: del Happening desarrollista a la posguerra fría*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2010. Impreso.
- Padilla, Heberto. *La mala memoria*. Barcelona: Plaza y Janes, 1989. Impreso.
- Rama, Angel. "Más allá del boom." *Más allá del boom*. Ed. Ángel Rama. Buenos Aires: Folio, 1984. Impreso.
- Sarlo, Beatriz. "Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?" *Punto de Vista* 25 (1985): 1-6. Impreso.

- Schild, A. y Siegfried, D., eds. *Between Marx and Coca-Cola. Youth Cultures in Changing European Societies, 1960-1980*. New York: Berghahn Books, 2005. Impreso.
- Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur, 1991. Impreso.
- Skinner, Quentin. “Significado y comprensión en la historia de las ideas.” *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2007. Impreso.
- Sorensen, Diana. *A turbulent decade Remembered. Scenes from the Latinoamerican Sixties*. California: Stanford University, 2007. Impreso.
- Starckenbaum, Marcelo. “De autonomías y superposiciones. Entorno a los usos de Bourdieu en la historiografía sobre intelectuales y política en la Argentina de los sesenta-setenta.” *Revista Eletrônica da ANPHLAC* 14, (Enero-jun. 2013): 223-240.
- Terán, Oscar. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1991. Impreso.
- Viñas, David. “Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana”. *Más allá del boom*. Ed. Ángel Rama. Buenos Aires: Folio, 1984. Impreso.